

Estudiar en las orillas. Una experiencia vivida de la mano del Profe Juan Luis Sariego Rodríguez

Irma Gabriela Fierro Reyes
EAHNM-Creel
Ricardo Rodríguez González
EAHNM-Creel



Imagen 6. En trabajo de campo en la Sierra Tarahuara.

Uno de los últimos –y quizá de los más provocadores– aportes que Juan Luis Sariego hizo a la antropología mexicana fue su obra *“Antropología en las orillas”*; un trabajo que en 2011 se vio materializado gracias a la colaboración de un grupo de colegas y amigos (encabezados por Juan Luis Sariego y Victoria Novelo) que se dedican a la antropología en lugares “periféricos”, como lo son Baja California, Chiapas, Chihuahua, Colima y Yucatán (Novelo & Sariego Rodríguez, 2011).

Pero, ¿qué es eso de las antropologías en las orillas? Se trata de una profunda reflexión sobre el ejercicio antropológico en aquellas regiones de nuestro país que históricamente no han sido favorecidas por el discurso oficial centralista, el cual poco se ha ocupado por aquello que sucede allá donde –en palabras José Vasconcelos– “la civilización termina y comienza la carne asada”; esas regiones del norte y del sur que no cumplen con los parámetros impuestos por las ideas monumentalistas y patrimonialistas en México.

Como precursor del estudio antropológico en el norte del país y fundador de la primera escuela de antropología en la región, Sariego sabía con creces lo que es enfrentarse al centralismo impuesto por el Estado mexicano; a la concentración del poder y a la conformación de zonas periféricas en el campo de la antropología en México; a la hegemonización del conocimiento y a la imposición de paradigmas de análisis ajenos a las identidades y a la enorme heterogeneidad cultural que caracteriza a esas periferias.

Pese a todas las dificultades que implica crear y sostener un proyecto de formación antropológica en un estado como Chihuahua, a lo largo de su trayectoria como profesor de la ENAH Chihuahua (ahora convertida en EAHNM), Juan Luis siempre estuvo preocupado por cultivar en sus estudiantes un espíritu de aventura, invitándonos a salir de nuestras trincheras y conocer otros sitios. Sus palabras aún resuenan en nuestra memoria cuando recordamos aquellas invaluable horas vividas en las aulas; “ustedes vuelen muy alto mano, salgan de su alma mater, no tengan miedo de hacerlo”, solía decirnos constantemente.

Y justo en el 2011, mientras Sariego afinaba los últimos detalles de su obra dedicada a las orillas y sus antropologías, nosotros, motivados por ese entusiasmo y el deseo de “volar muy alto” aceptamos su consejo y nos embarcamos en la aventura de estudiar un par de maestrías muy lejos de nuestra tierra natal, en el estado de Yucatán. Desde el inicio, Juan Luis se mostró siempre atento a nuestro proceso de admisión y cómo se iban desarrollando cada una de sus etapas. Para él era motivo de satisfacción saber que sus estudiantes emprendían nuevos caminos, convencido de que “los egresados de la ENAH Chihuahua están a la altura de cualquier institución académica de calidad”.

Cuando nuestra mudanza a la península de Yucatán se convirtió en un hecho, Sariego nos repetía constantemente entre risas y bromas: “han iniciado un auto-exilio académico muy radical mano, a la hermana república de Yucatán”. Y quizá nuestra decisión expresaba, de alguna u otra manera, ese apego por las orillas. Llevaba implícitas las características de nuestra formación inicial y hacían manifiestos los encuentros y convergencias entre dos regiones del país tan distantes al centro, y con configuraciones históricas, económicas, políticas y sociales de suma particularidad, que las distinguen de él.

Pronto, y por decirlo de alguna manera, Sariego empezó a “abrirnos las puertas” en Yucatán, incluso un par de meses antes de vivir allá. Algunos correos electrónicos y unas cuantas llamadas telefónicas bastaron para que sus no pocos amigos radicados en la ciudad de Mérida estuvieran al tanto de nuestra llegada, nos recibieran en sus hogares, nos enseñaran qué hacían en los institutos que trabajaban y nos vincularan a las actividades culturales del lugar. “Háblale a fulanito mano, él es muy buen amigo mío, él les puede conseguir chamba si se ven muy atorados con la lana”; “mi amiga los espera en el Centro INAH Yucatán, platiquen con ella para que les cuente qué hace



por allá”, decía. Al cabo de un breve lapso de tiempo Ricardo y Gabriela fuimos conocidos como “los antropólogos norteños” en Yucatán; “el dúo dinámico”, tal y como Sariego nos llamaba desde la carrera.

Nosotros, que proveníamos de una “escuelita” de antropología que no muchos conocían, pronto nos dimos cuenta que la gran trayectoria docente y de investigación que Juan Luis había cosechado durante los últimos veinte años en el norte del país, era la mejor carta de presentación que podíamos tener. “Son alumnos del doctor Sariego” nos repetían constantemente en nuestros programas de posgrado; en dos instituciones que, a pesar de no estar dedicadas a la antropología social en sí, Juan Luis Sariego Rodríguez era y seguirá siendo un referente obligado y un colega estimado para sus investigadores.

Un par de meses después de haber llegado a la ciudad de Mérida, tuvimos la oportunidad de presenciar la presentación del libro “*Antropología en las orillas*”, para lo cual el propio Juan Luis visitó la capital yucateca. El evento coincidía con un coloquio interno organizado por el CIESAS Unidad Peninsular en torno al quehacer antropológico en tiempos de violencia. Fue en el marco de ese coloquio que se desarrolló una de las anécdotas protagonizadas por el Profe Sariego que más disfrutamos de manera personal.

Resulta que los académicos del CIESAS tuvieron a bien invitarlo a una cena al estilo yucateco, en la que degustaría de la comida regional, acompañada por un buen Xtabentún y una agradable serenata yucateca. Ante la formalidad de la invitación y la seriedad con la que los investigadores lo abordaban, Sariego simplemente volteaba a todos lados, como buscando a alguien. Al cabo de un rato hicimos contacto visual y pronto nos acercamos a él efusivamente, con la emoción de ver a un ser querido en tierras tan lejanas.

¡Profe!, ¡mi doc! fueron algunas de las expresiones con las que nos dirigimos a él ruidosa y afectuosamente, ante la mirada atónita de los investigadores del CIESAS que presenciaban la escena. Luego de esto, Sariego tomó la palabra y les dijo: “Bueno, yo ya me voy con mis alumnos los norteños, los de la Jeep verde que parece de la Baja Mil, ahí dejamos la cena pa’ después”. Enseguida nos dirigimos a un lugar en donde servían carne (no tan buena como la del norte), y disfrutamos de unas heladas “cheves”, como para recordar todas esas veces que comimos juntos en Chihuahua. Sin duda pasamos una velada de lo mejor; hablar con él, escucharlo y contarle cómo nos estaba yendo en Yucatán fue para nosotros una bocanada de aire fresco en medio del calor sofocante de Mérida.

Pero aquella anécdota no paró ahí. La negación por parte de Sariego para ir a cenar con sus colegas, pero sobre todo nuestra forma tan “descortés” de abordarlo fue reprendida por una de las autoridades del CIESAS Peninsular. Para esa persona era inadmisibles que un par de simples estudiantes de maestría se dirigieran así a una de las eminencias más importantes

de la antropología mexicana, lo cual sólo reflejaba nuestra falta de respeto e ignorancia. Sin embargo, lo que esa persona no sabía es que el Dr. Sariego, además de ser uno de los antropólogos más reconocidos de la escena nacional, era el fundador de nuestra escuela, nuestro querido profesor; uno de los más entrañables, cercanos y sinceros que hemos conocido hasta hoy; quien siempre nos exigió dejáramos los “títulos nobiliarios” y las “formalidades norteñas” de lado y lo llamáramos simple y sencillamente Juan Luis.

Este pequeño escrito es un homenaje personal para el hombre que nos demostró con su ejemplo, dedicación y calidez humana lo que un antropólogo puede lograr, más allá de las adversidades impuestas por el centralismo, la indiferencia institucional y el afán de competencia –descarnado y deshumanizante– que motiva a gran parte de la academia antropológica actual. Para el pionero que nos regaló la oportunidad de conocer la antropología en nuestro propio contexto; que con tesón no renunció a la idea de que “las orillas” son dignas de ser analizadas, de estudiar en ellas y para ellas. De él aprendimos que esto de la antropología no es una simple ocupación; que la antropología es una forma de vida, una visión del mundo que transforma a quien toca. Juan Luis Sariego nos enseñó que la antropología es algo así como una carrera de resistencia, en la que no importa llegar primero a la meta, sino alcanzar el final sin perder el ritmo, avanzando con constancia, temple y pasión; sin arriesgar la integridad física y espiritual en el intento.

Ahora, muchas de las condiciones que enmarcaron su experiencia como fundador de la ENAH Chihuahua, las vemos replicadas en el devenir cotidiano de la extensión Creel de la EAHNM; un proyecto educativo que para muchos puede no tener una razón lógica de ser, pero que sin lugar a dudas forma parte del legado que el propio Juan Luis nos heredó, y que encierra un compromiso social y educativo que la antropología del norte de México tiene para con las poblaciones indígenas de la región.

¡Gracias por todo Juan Luis Sariego Rodríguez! maestro, doctor, profesor e incansable investigador, pero sobre todas las cosas querido amigo ¡Hasta siempre profe!

Referencias bibliográficas

Novelo, V., & Sariego Rodríguez, J. L. (2011). *Antropología en las orillas*. México: Universidad Intercultural de Chiapas.

